

que esto la había causado; y que corría al lado de Jordán porque necesitaba que la consolase, que la curase. Quería á Lucas, y Lucas no la quería.

Jordán la oía con estupor, como si le hablase de un cataclismo extraordinario é inesperado.

—¡Que amas á Lucas, que amas á Lucas!

¿El amor, á qué el amor? El amor en esta hermana adorada que siempre había visto junto á sí como un otro yo, le asombraba. Jamás había pensado que pudiera amar y sufrir por ello. Era una necesidad que ignoraba, un mundo en que no había entrado nunca. Estaba perplejo, no sabía qué hacer, inocente también y de una ignorancia total en esta materia.

—¡Oh, dime, hermano, por qué Lucas ama á Josina, por qué no es á mí á quien ama!

Sollozaba abrazada á su cuélllo, la cabeza sobre su hombro en una desolación desesperada. ¿Pero qué decirle para enterarla, para consolarla?

—Yo no sé, hermana mía, yo no sé. Sin duda la quiere, porque la quiere. No debe de haber otra razón... Te querría á ti si te hubiese querido primero.

Y aquello era. Lucas amaba á Josina porque era la enamorada, la mujer del encanto y la pasión en contrada en la pena y despertando todas las ternuras del corazón, y además tenía la hermosura, el divino temblor del deseo, traía la carne voluptuosa y fecunda, por la cual el mundo se eterniza.

—Pero, hermano, á mí me conoció antes, ¿por qué no me quiso primero?

Jordán, á quien estas preguntas confundían más y más, buscaba conmovido y encontraba respuestas delicadas y buenas, en su candor.

—Acaso sea porque ha vivido aquí como amigo, como hermano. Se ha hecho hermano tuyo.

La miraba, y ya no se lo decía todo, viéndola semejante á él, tan menuda, tan débil, de rostro insignifi-

cante. Era muy pálida para ser el amor; siempre vestida de negro, de aspecto amable, muy suave, muy bondadoso, pero tan triste, como todas las silenciosas y las abnegadas. Seguramente nunca había sido para Lucas, más que una mujer inteligente, benéfica, feliz.

—Ya comprendes, querida hermana, que si ha llegado á ser para ti un hermano como yo, no puede quererte como quiere á Josina. No se le ha ocurrido. Pero de todos modos, te quiere mucho, te quiere más, te quiere tanto como yo te quiero.

Esto sublevó á Sœurette. Se rebeló todo su pobre sér enamorado, y tuvo que vociferar el desastre de su amor en medio de redoblados sollozos.

—¡No, no! no me quiere más. No me quiere nada. No es amar á una mujer quererla como hermano, cuando yo sufro lo que sufro al verle perdido para mí. Si hace un momento todavía nada sabía de estas cosas, las adivino ahora que me siento morir.

Conmovido como ella, Jordán contenía las lágrimas que le subían á los ojos.

—Hermana mía, hermana mía, mira que me haces sufrir infinito; no es razonable acongojarte así hasta ponerte mala. No te reconozco; tú tan tranquila, tan razonable, que tan bien comprendes la firmeza de alma que se ha de oponer á las miserias de la vida.

Quiso convencerla.

—Vamos á ver, ¿tienes alguna queja de Lucas?

—¡Oh, no, ninguna! Sé que me aprecia mucho, somos muy amigos.

—Entonces ¿qué quieres? Te quiere como te puede querer. Haces mal en enfadarte con él.

—¡Pero si yo no me enfado! Yo no tengo odio á nadie; sólo tengo pena.

Volvieron los sollozos, nueva ola de angustia la sumergió, haciéndola gritar:

—¿Por qué no me quiere, por qué no me quiere?

—Si no te ama de amor, como tú quisieras, es que no te conoce bastante. No, no te conoce como yo te conozco, no sabe que eres la mejor, la más amable, la más abnegada, la más amante. Tú hubieras sido la compañera, el apoyo, la que facilita y suaviza la vida. Pero ha vencido la otra con su belleza; y mucha fuerza hay en esto, cuando la ha seguido, sin verte á ti, que, sin embargo, ya le amabas... Tienes que resignarte.

La había cogido en brazos, la besaba el cabello. Pero ella seguía luchando.

—¡No, no! ¡No puedo!

—Sí, ya te resignarás, eres muy buena, muy inteligente para no resignarte... Llegarás á olvidar.

—¡Oh, no, no! ¡Nunca!

—No he dicho bien; no te pido que olvides; guarda ese recuerdo en tu corazón, sólo tú sufrirás con él... Pero te pido resignación, porque sé que siempre la has tenido, que eres capaz de ella, hasta poder renunciar, hasta el sacrificio... Piensa en todas las desgracias que vendrían si te rebelaras, si hablastes. Destrozarias nuestra vida, en ruinas quedarían nuestras empresas; padecerías mil veces más.

—Bueno,—le interrumpió temblorosa,—pues que se rompa todo, que se arruine. Al menos me desahogaré. Mal haces, hermano, hablándome así. Eres egoísta.

—¡Egoísta, cuando sólo pienso en ti, hermanilla adorada! En este momento el dolor exaspera tu carácter, tan bueno. ¡Qué remordimiento el tuyo, si te dejara destruirlo todo! Mañana no podrías vivir entre los escombros amontonados... Pobre corazoncito, ya te resignarás. De abnegación y de cariño se hará la dicha para ti.

Les ahogaban las lágrimas. Mezclaban sus sollozos. Enternecía aquel amor fraternal, aquella lucha entre dos seres tan amantes, tan candorosos.

Y él repetía, en tono de inmensa lástima, con infinito cariño:

—Ya te resignarás, ya te resignarás.

Protestaba ella todavía, pero iba entregándose; ya no tenía más que un quejido de pobre víctima lastimada, cuyo dolor se quiere adormecer.

—¡Oh, no! quiero sufrir... No puedo, no me resigno.

Aquel día almorzaba Lucas con los Jordán, y cuando, á las once y media, se presentó, todavía los encontró conmovidos, los ojos llorosos. Pero él también padecía tanto, que no lo echó de ver. La necesaria despedida de Josina le desesperaba. Era como si le arrancaran la postrer energía el llevarle su amor, que creía necesario para su misión. Si no salvaba á Josina, jamás salvaría al pueblo miserable á quien había dado su corazón.

En cuanto se levantó, todos los obstáculos que le estorbaban se le presentaron, invencibles. Había visto, en negra visión, la Crecherie perdida, hasta el punto de parecerle locura soñar con salvarla. Allí se devoraban los hombres, no había podido establecer la fraternidad entre ellos; todas las fatalidades humanas se encarnizaban contra su empresa. Y, de repente, había perdido la fe, presa de la más terrible crisis de desaliento que hasta entonces había sufrido. El héroe, en él, vacilaba, agravando el mal, próximo á renunciar á su empeño ante el temor de la cercana derrota.

Scurette, notando su turbación, tuvo la divina ternura de inquietarse por ella.

—¿Se siente usted mal, amigo mío?

—Sí, no me siento muy bien; he pasado una mañana atroz... Desde que me he levantado, cada noticia una desgracia.

No insistió ella; le miraba con ansiedad, pregun-

tándose cuál podría ser su dolor, si amaba y era amado. Para ocultar un poco su propia emoción, se había acercado á su mesa de trabajo fingiendo tomar notas para su hermano, el cual había vuelto á echarse en su butaca, fatigado.

—Entonces, mi querido Lucas,—dijo Jordán,—allá nos vamos todos; pues si yo me levanté bastante fuerte, he tenido también tales contratiempos, que estoy en tierra.

Lucas se paseó un momento, sombrío el rostro, sin decir una palabra. Iba y venía deteniéndose á veces delante de la alta ventana mirando á la Crecherie, á la ciudad naciente. Después no pudo contener el flujo de su desesperación, y habló:

—Amigo mío, ya es necesario que hablemos... No se le ha querido turbar en sus investigaciones, y se le ha ocultado que en la Crecherie nuestros negocios van muy mal. Los obreros nos dejan; todo es rebeldía y desunión entre ellos, por causa de las eternas discordias del egoísmo y del odio. Beauclair entero se subleva los comerciantes los mismos trabajadores cuyos hábitos alteramos, nos hacen tan penosa la vida, que nuestra situación cada día es más alarmante... En fin, yo no sé si las cosas me parecen hoy demasiado sombrías, pero ya no veo esperanza. Creo que estamos perdidos, y no puedo ocultar á usted más tiempo la catástrofe á que vamos.

Jordán le oía con asombro, pero muy tranquilo, y hasta sonrió ligeramente.

—¿No exagera usted un poco, amigo mío?

—Supongamos que exagero, que la ruina no es para mañana... Aun así, no me creería un hombre honrado, si no le advirtiera que temo una ruina próxima. Cuando le pedí á usted terreno, dinero para la empresa de salvación social que soñaba, ¿no le prometí, además de una grande y hermosa acción digna de usted,

un buen negocio? Pues le he engañado, su fortuna se va á sepultar en la mayor derrota. ¿Cómo quiere usted que no me acosen terribles remordimientos?

Con un ademán, Jordán había intentado interrumpirle, como para decir que el dinero no le importaba. Pero Lucas continuó:

—Y no son únicamente las considerables sumas ya perdidas, sino las que se necesitan cada día para prolongar la lucha. Yo no me atrevo á pedírselas á usted, pues si yo puedo sacrificarme por completo, no tengo el derecho de arrastrarles en mi caída á usted y á su hermana.

Se dejó caer en una silla con las piernas como rotas, abatido, mientras Sœurette, muy pálida, sentada aún delante de su mesa siempre, mirándolos, oía con emoción profunda.

—Verdaderamente las cosas van muy mal,—repliqué Jordán con voz tranquila.—Y sin embargo, la idea de usted era muy buena, y había usted acabado por convencerme... Yo no se lo había ocultado; no me mezclaba en esas tentativas políticas y sociales, convencido de que sólo la ciencia es revolucionaria y que sólo ella acabará la evolución de mañana llevando al hombre á toda verdad y á toda justicia... ¡Pero era tan hermosa vuestra solidaridad! Desde esta ventana, después de mis horas buenas de trabajo, miraba yo con interés brotar vuestra ciudad. Me divertía, y decíame que para ella trabajaba yo también y que algún día sería su gran fuerza la electricidad, la obrera activa y bienhechora... ¿Habrá que renunciar á todo eso?

Lucas, entonces, dejó escapar este grito de cansancio supremo:

—Se me acabó la energía, no siento en mí ningún valor, toda mi fe se ha ido. Todo se acabó; vengo á decirles que lo abandono todo antes que exigirles un

nuevo sacrificio... Porque vamos, amigo mío, el dinero que aún necesitaríamos, ¿se atrevería usted á dármele ni tendría yo la audacia de pedírselo?

Y jamás grito de desesperación más desgarrador salió del pecho de un hombre. Era la hora mala, la hora negra que conocen bien todos los héroes, todos los apóstoles, la hora en que la gracia se va, en que la misión se oscurece, en que la empresa parece imposible. Derrota pasajera, cobardía de un momento que causa dolor terrible.

FIN DEL TOMO PRIMERO

